



EL BARCO
DE VAPOR

El fantasma de palacio

Mira Lobe

Ilustraciones
de Betowers



El fantasma de palacio
Mira Lobe

Ilustraciones: Betowers

Dirección de Publicaciones Generales: Sergio Tanhuz
Producción: Guillermo Aceituno

Título original: *Das Schlossgespenst*, por Mira Lobe
Traducción del alemán: Jesús Larriba

Primera edición: mayo de 1983

Primera edición en Chile: mayo de 2018

© del texto: Arena Verlag GmbH, Würzburg, 1982
www.arena.de

© de las ilustraciones: Beatriz Torres (Betowers), 2018
© de esta edición: Ediciones SM Chile S.A., 2018
Coyancura 2283, oficina 203
Providencia, Santiago de Chile

ATENCIÓN AL CLIENTE
Teléfono: 600 381 13 12
www.ediciones-sm.cl
chile@ediciones-sm.cl

ISBN: 978-956-363-326-9

Impresión: Graficandes
Santo Domingo 4593, Quinta Normal,
Santiago de Chile.

Impreso en Chile / Printed in Chile

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

189632

EN UN PALACIO MUY GRANDE vivía solo un fantasma muy pequeño. Y el pequeño fantasma decía:

—¡Estoy aburrido! ¡Estoy muy aburrido!
A veces golpeaba el suelo con el pie.

A veces daba puñetazos en la mesa con las dos manos.

A veces lloraba de pena.

La mayoría de los fantasmas no pueden hacer eso: no pueden llorar ni reír; no pueden golpear el suelo con los pies ni dar puñetazos en la mesa. Solo saben vagar como espíritus a medianoche y hacer «uuuh». Y eso es tonto, muy tonto.

Pero el pequeño fantasma no era tonto. Al contrario, era muy listo. Por eso, se secó las lágrimas con un pliegue de fantasma y dijo:

—¡Basta de llorar! Llorando no se consigue nada. Tengo que hacer algo. Haciendo algo, se remedian las cosas. Me buscaré un amigo.

El pequeño fantasma se hizo un nudo en el pliegue superior. Lo hacía siempre que tenía que pensar mucho.



—¿Dónde podría encontrar un amigo? ¿En el pueblo? En ese caso, yo tendría que vivir en el campanario. Pero allí viven los murciélagos y los fantasmas del pueblo. Además, en el campanario está la campana, y su sonido me marea. ¿Tal vez en la ciudad? No. En la ciudad viven los fantasmas de la ciudad; además, hay muchos coches, y los coches echan un olor que apesta. ¿Quizá en el bosque? No. En el bosque viven los fantasmas del bosque.



Y en la pradera viven los fantasmas de la pradera.

El pequeño fantasma dio vueltas y más vueltas a este problema, hasta que le empezó a doler el nudo del pliegue, de tanto pensar.

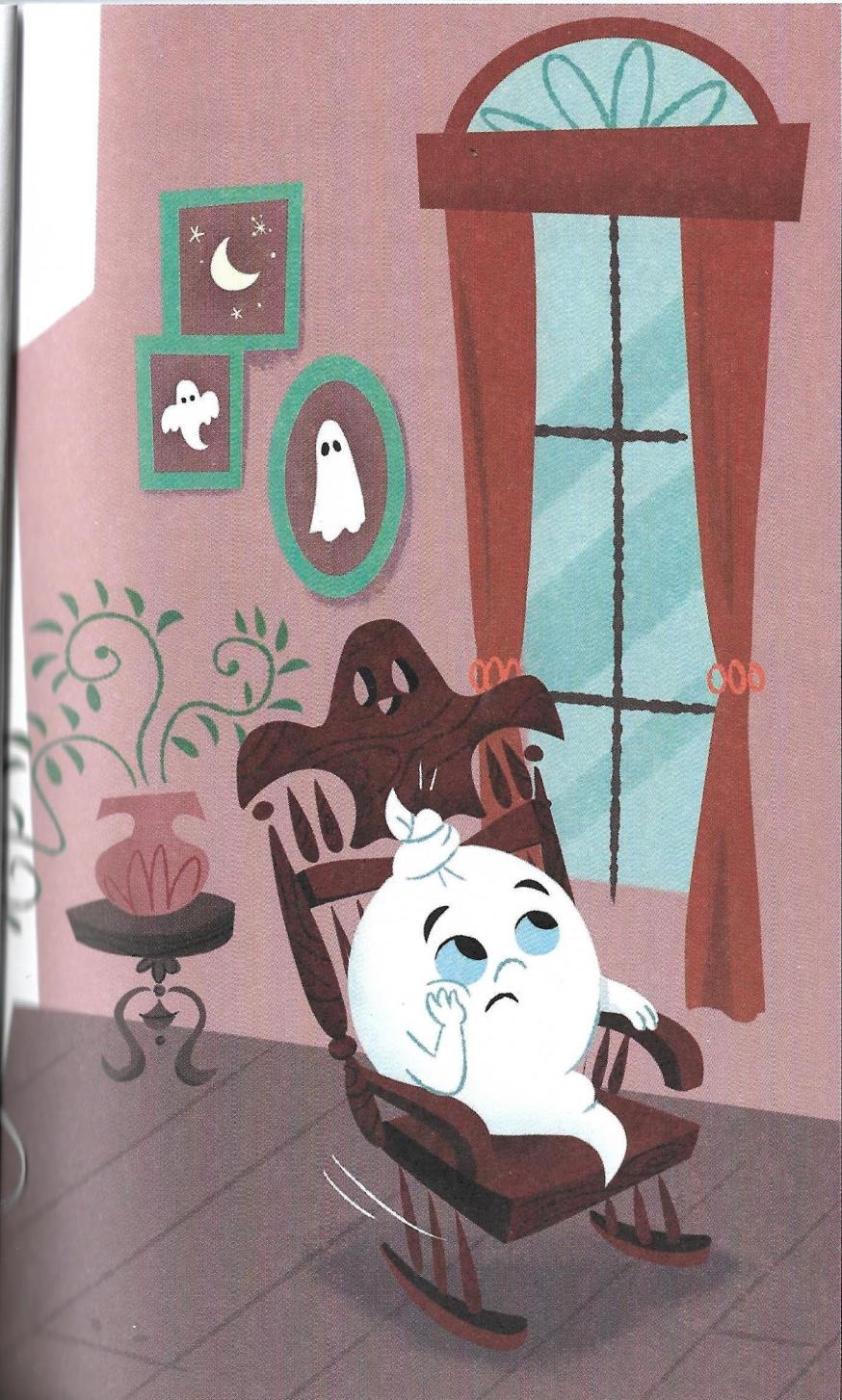
—¡No! —dijo en voz alta—. Yo no soy un fantasma de bosque ni un fantasma de pradera. No soy un fantasma de pueblo ni un fantasma de ciudad.

Luego, sacó de la estufa un trozo de carbón y comenzó a escribir: «Yo soy un fantasma de palacio y me quedaré aquí».

Se sentó en su mecedora, comenzó a balancearse y gritó:

—¡Amigo! No me iré a vivir contigo. Te traeré a vivir aquí.

Luego, recorrió todo el palacio volando con la rapidez del rayo. Fue del salón amarillo al rojo, del salón rojo al verde, del salón verde al azul.



En el salón azul había colgados muchos cuadros con retratos. El pequeño fantasma bajó de la pared un retrato y le dio la vuelta.

*Fantasma de palacio solitario,
harto de estar aburrido,
busca amigo simpático y divertido...*



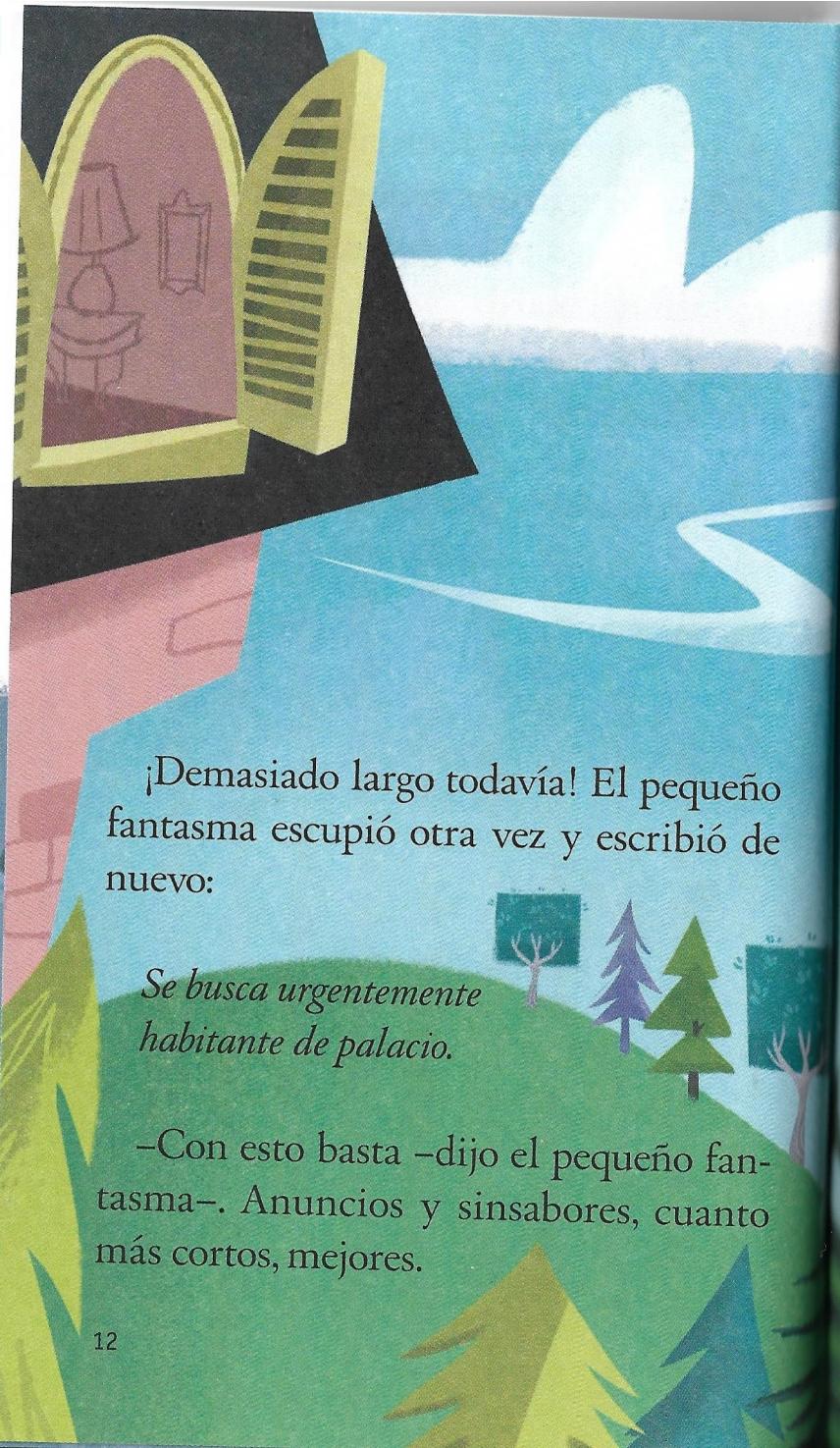
Pero no terminó de escribir.

—¡Alto! Tengo que encontrar algo más corto. Si pongo un texto tan largo, se me va a salir del marco.

Borró las palabras con saliva de fantasma y garabateó:

*Querido amigo, yo te busco a ti.
Ven al palacio y encuéntrame a mí.*

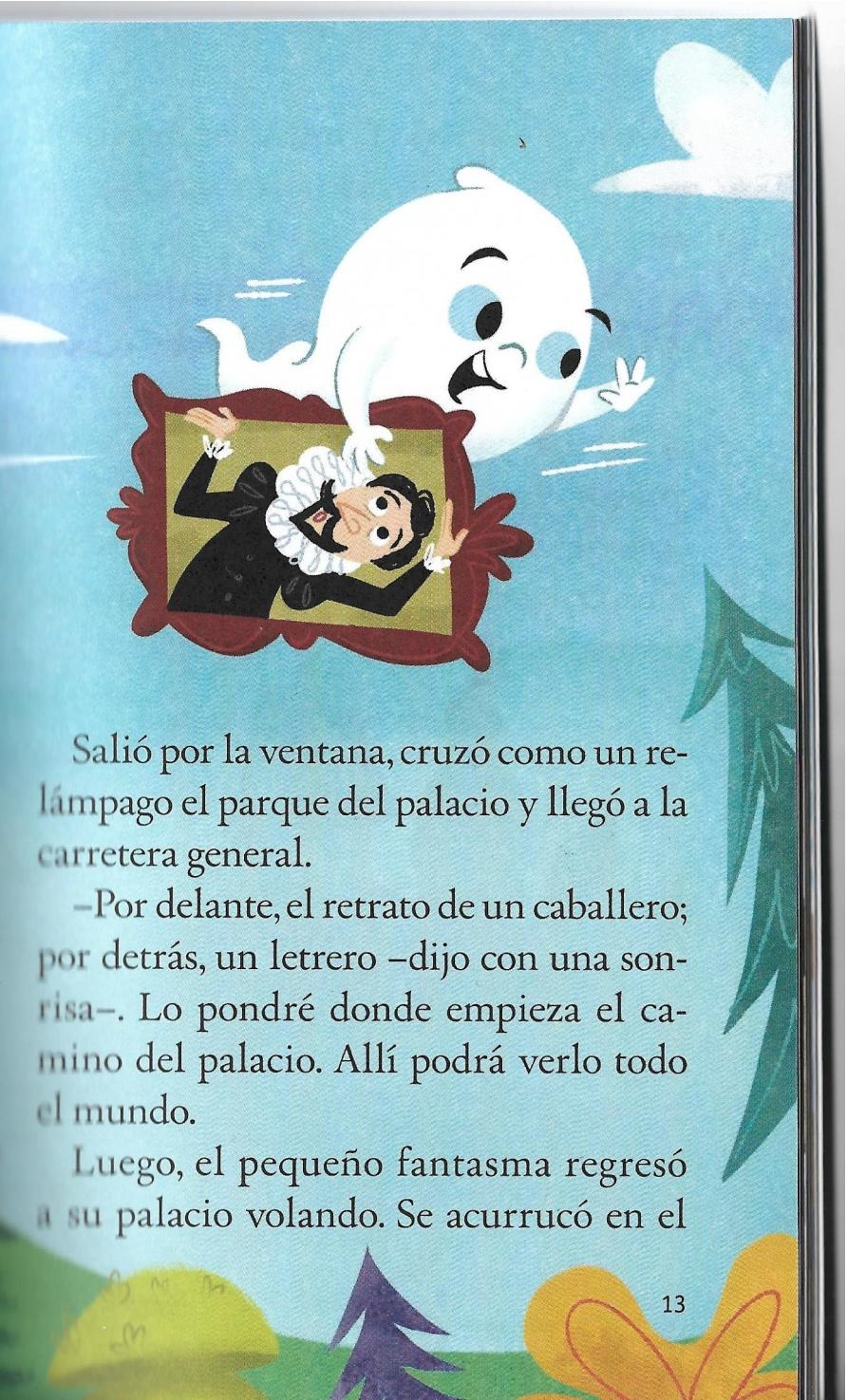




¡Demasiado largo todavía! El pequeño fantasma escupió otra vez y escribió de nuevo:

*Se busca urgentemente
habitante de palacio.*

—Con esto basta —dijo el pequeño fantasma—. Anuncios y sinsabores, cuanto más cortos, mejores.



Salió por la ventana, cruzó como un relámpago el parque del palacio y llegó a la carretera general.

—Por delante, el retrato de un caballero; por detrás, un letrero —dijo con una sonrisa—. Lo pondré donde empieza el camino del palacio. Allí podrá verlo todo el mundo.

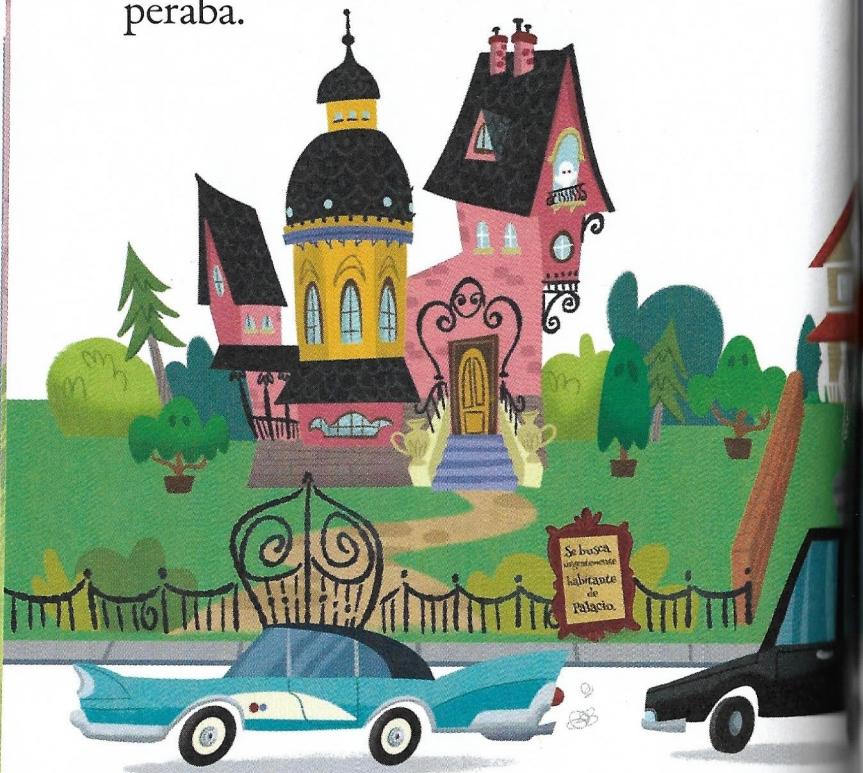
Luego, el pequeño fantasma regresó a su palacio volando. Se acurrucó en el

balcón y esperó. Y mientras esperaba pensó: «Estoy intrigado por conocer a mi amigo».

Al cabo de un rato volvió a pensar: «Estoy, realmente, muy intrigado».

Y al cabo de otro rato: «Jamás un fantasma ha esperado tan intrigado a un amigo».

Por la carretera general, los coches pasaban rugiendo. El pequeño fantasma esperaba.



Poco a poco fue perdiendo la paciencia. ¿Por qué pasaban todos de largo? ¿No sabían leer? ¿Por qué no se detenía ninguno? ¿No había nadie que quisiera vivir en su palacio? ¿O tal vez tenían miedo a los fantasmas?

—¡No os haré nada! —gritó el pequeño fantasma.

Pero nadie oyó lo que decía. Hizo señas con todos los pliegues. Pero nadie vio sus gestos, pues el pequeño fantasma era



invisible de día, como si estuviera hecho de aire.

—No viene nadie —dijo decepcionado el pequeño fantasma—. ¿Será porque mi palacio está ya un poco viejo? ¿Porque no hay antenas de televisión en el tejado, ni sauna en el sótano?

Al fin se cansó de esperar.

—Contaré hasta treinta. Si pasan treinta coches sin detenerse, me pondré triste.

Contó hasta treinta.

Contó hasta sesenta.

Contó hasta cien.

Y entonces se puso triste.

Siguió acurrucado en el balcón, con los cuatro pliegues caídos.

Por la carretera general cruzaban como centellas coches grandes, elegantes, aerodinámicos. Todos adelantaban a un coche minúsculo. El diminuto cochecillo crujía por delante, chirriaba por detrás y expulsaba nubes negras. El hombre que iba al



volante se llamaba Balduino. En los asientos de atrás iban una gata y un perro. La gata se llamaba Princesa y se daba siempre mucho tono. El nombre del perro era Wuff. El coche se llamaba Cacacú. ¿Queréis saber por qué? Porque la gente se partía de risa al verlo.

—¿Es un coche este viejo cacharro, esta carreta destortalada, esta ridícula cucaracha? —se preguntaban todos entre carcajadas.



Balduino sonreía con ellos:

—¡Cacharro, carreta, cucaracha! El nombre de mi coche es Cacacú.

Y una vez pintó muy orgulloso tres hermosas ces sobre la chapa abollada.

Al pasar junto al letrero, Balduino pisó el freno.

—¡Detente, Cacacú! —dijo—. Quiero ver qué dice ese letrero.

Cacacú chirrió y rechinó. Cacacú se tambaleó y se encabritó. Wuff y Princesa saltaron como pelotas de goma. Balduino dijo:

—Aquí buscan un habitante de palacio. Creo que también admitirán tres. ¿Qué os parece?

Wuff movió el rabo como un abanico e hizo «wuff». Era su forma de decir «de acuerdo».

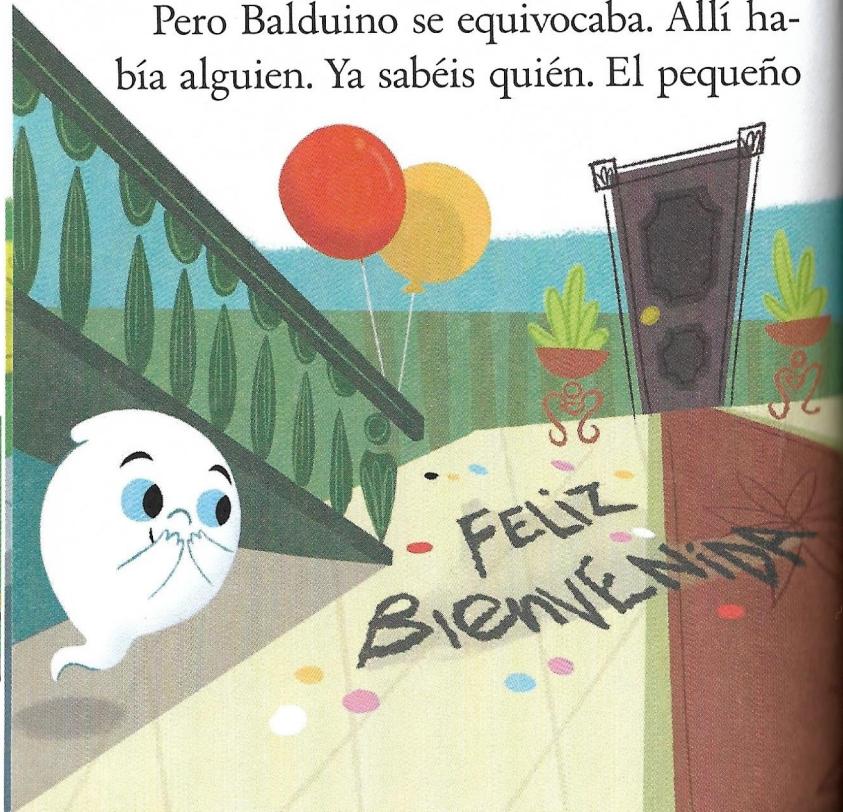
Princesa era demasiado elegante para mover el rabo como un abanico. Y se limitó a mover un poco la oreja izquierda.

Con eso quería decir: «Una princesa debe vivir en un palacio».

Cacacú retrocedió, tomó la carretera del parque y se detuvo ante la escalera del vestíbulo. Balduino tocó el timbre. Balduino aporreó la puerta y la sacudió. Balduino abrió el picaporte y metió la cabeza por la rendija de la puerta.

—¿Quién hay? —gritó—. Me parece que aquí no hay nadie.

Pero Balduino se equivocaba. Allí había alguien. Ya sabéis quién. El pequeño



fantasma estaba escondido debajo de la escalera interior. Le temblaban todos los pliegues.

Balduino abrió la puerta y entró en el vestíbulo.

—Mirad lo que ha escrito alguien en el suelo: «Feliz bienvenida». ¿Qué os parece?

Wuff movió la cola como un abanico y dijo:

—¡Wuff!

Princesa no dijo nada. Se limitó a mover un poco su oreja izquierda.





Con eso querían decir: «Nos parece un detalle simpático».

—A mí también —dijo Balduino—. Puesto que nos saludan amistosamente, debemos quedarnos aquí sin pensarlo más.

El coche Cacacú tenía un remolque. De allí sacó Balduino sus cuatro trastos. Naturalmente, no eran solo cuatro, pues Balduino era pintor y tenía muchos bártulos: pinceles y pinturas, botellas y paletas, caballetes y rollos de papel. Y sabe Dios



cuántas cosas más. ¡Un revoltijo impresionante!

Balduino metió todo en el palacio. Wuff lo ayudó. Llevó con la boca rollos de papel de dibujo.

Princesa era demasiado elegante y demasiado perezosa para ayudar. Arrugó la nariz, se apoyó sobre las cuatro patas y dio vueltas alrededor de los bártulos.

—Bien —dijo Balduino—. Para empezar, colocaremos en el caballete mi retrato

de marinero y colgaremos los cuadros de animales.

El pequeño fantasma vio lo que hacían, sintió curiosidad y salió de su escondite.

Luego, voló en zigzag por el vestíbulo. Los cuadros le gustaron. Le gustaron los bártulos y el revoltijo. También le gustó el pintor Balduino.

«¡Qué suerte! —pensó el pequeño fantasma—. ¡Tres amigos de golpe!».

Lleno de alegría, agitó los pliegues y sopló en todas las direcciones. Le rozó la piel a Wuff y sopló a Princesa en la oreja. Wuff resopló y gruñó. Princesa arqueó el lomo y bufó.

—¿Qué os pasa? —preguntó Balduino.

Y en ese momento sintió un soplo de aire fresco en la nariz.

—¡Hombre! ¡Aquí hay corriente! —exclamó Balduino—. ¡Qué agradable!

El pequeño fantasma aleteó alrededor de los tres y procuró hacer mucho aire.



—¡Otra vez esa deliciosa corriente de aire fresco! —dijo Balduino, entusiasmado.

Wuff gruñó más fuerte. Princesa erizó los pelos. Balduino sonrió.

—Ya veo que a vosotros no os gusta esto —dijo—. Vosotros preferís la leche fría al viento fresco. ¡Vamos! Ya es hora de que exploremos el palacio.

Subieron por la escalera. El pequeño fantasma los siguió volando.



El primer cuarto era el salón blanco. Wuff aulló lúgub्रamente. El pintor asintió:

—Wuff tiene razón. Las paredes blancas hacen aullar. Por eso hay que pintarlas.

Wuff movió la cabeza y gruñó:

—¡Qué tontería! Yo no aúllo por las paredes. Aúllo porque alguien me ha tirado de la cola.

Y Princesa maulló:

—A mí también.



Balduino llevó un cubo de pintura roja y mojó el pincel. Comenzó pintando un garabato en forma de espiral. Luego, trazó círculos alrededor del primer garabato, círculos cada vez más altos y más anchos.

Cuando ya no alcanzó, se subió a una silla. Cuando la silla no le bastó, se subió a una mesa.

Cuando la mesa no le bastó, puso la silla encima de la mesa. Y cuando tampoco esto bastó, Balduino dejó de pintar y exclamó:

—¡Por hoy se acabó la tarea! ¡Mañana traeré una escalera!

Princesa bostezó. Le había entrado el sueño mientras Balduino pintaba círculos y espirales.

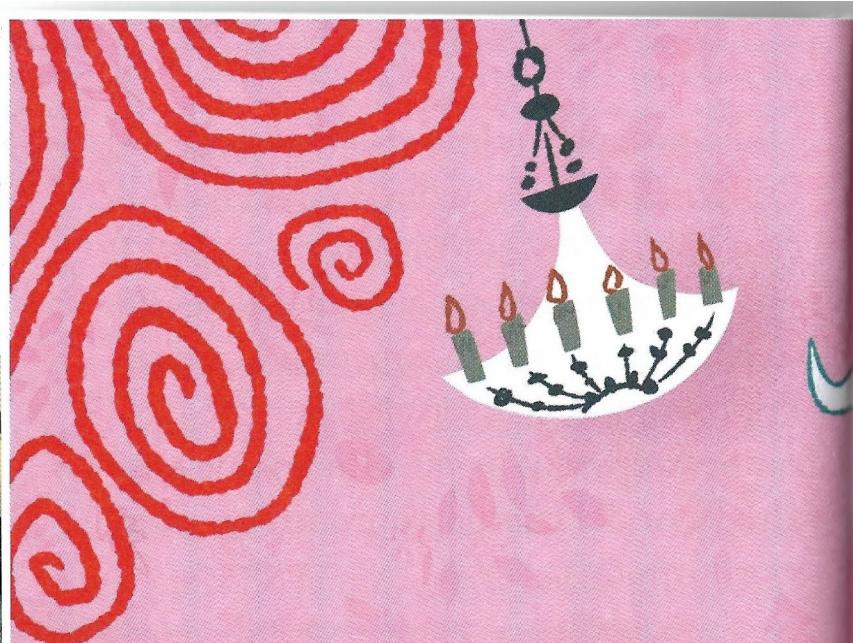
—Tengo sueño —maulló.

—Yo también —dijo Wuff—. Delante del palacio hay una perrera. Me voy a dormir allí. Buenas noches, señora, y que no le piquen mucho las pulgas.

—Yo no tengo pulgas —respondió, altiva, Princesa. Entró ceremoniosa en la habitación de al lado y saltó a la cama.

El pintor Balduino la siguió. No tardó ni cinco minutos en comenzar a roncar. Princesa era demasiado elegante para roncar. Se limpió los bigotes. Enroscó la cola alrededor del cuerpo, ronroneó un poco y se durmió.





El pequeño fantasma había estado mireando mientras Balduino pintaba espirales en la pared. Pero a él no le había entrado el sueño como a Wuff y a Princesa. Al contrario, estaba tan despierto y despejado como si acabara de ducharse. Tenía tantas ganas de ver si podía pintar espirales que le hacían cosquillas los pliegues.

—¡Vamos allá! —dijo—. Primero le terminaré a Balduino los círculos rojos.

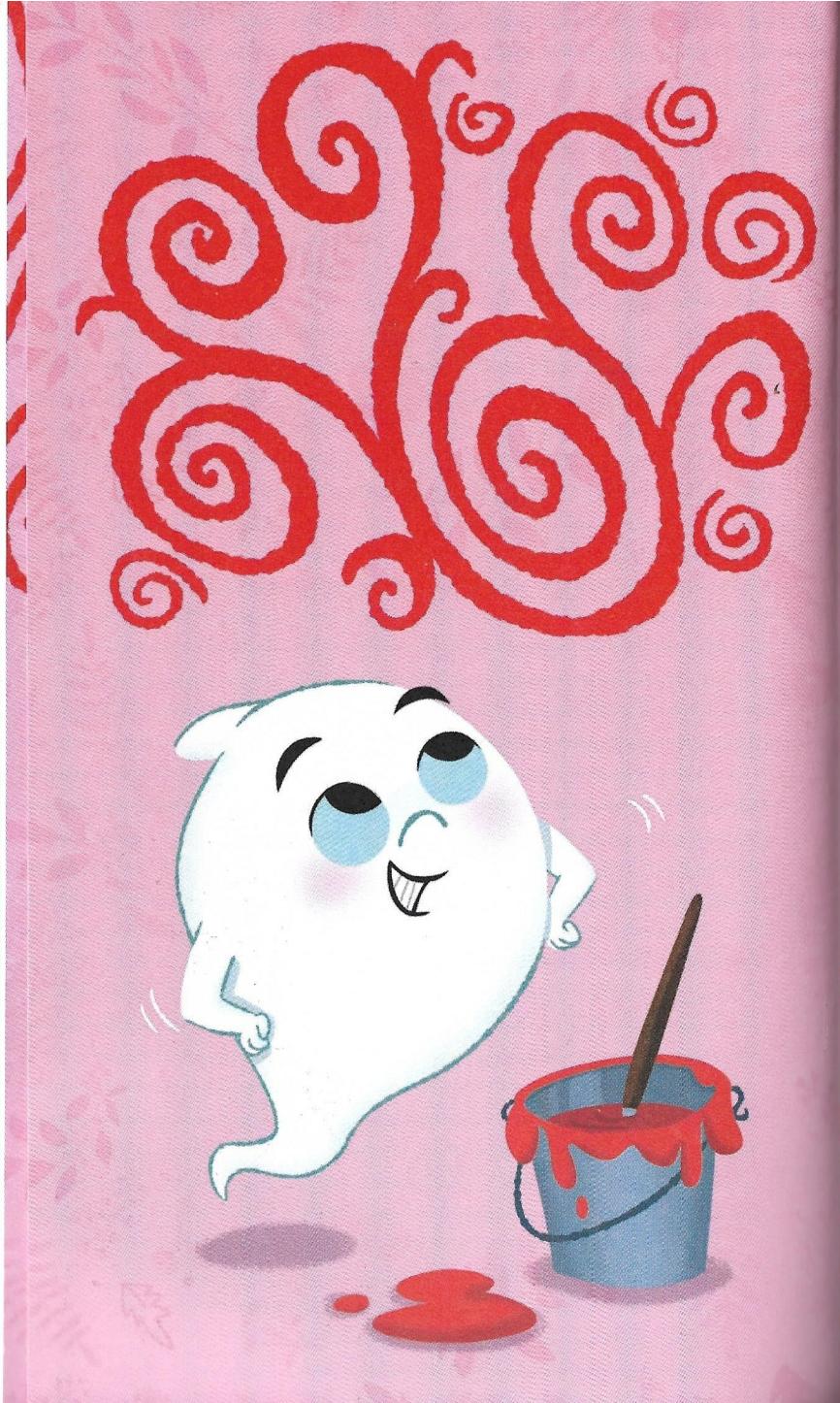
El pequeño fantasma metió el pincel en el cubo de pintura. Al principio estaba



un poco asustado. Pero luego se entusiasmó. El trabajo le divertía. Le divertía tanto que comenzó a cantar:

*¡Qué divertido es pintar,
en las noches fantasmales,
llenando toda la casa
de círculos y espirales!
Aquí pinto una espiral,
aquí pongo un circulito.
¡Qué divertido es pintar,
pinto, pinto, gorgorito!*





Cuando el pequeño fantasma acabó la canción, la espiral estaba terminada. Luego, pintó sarmientos enroscados y colas ensortijadas. Todos los sarmientos y todas las colas terminaban en un adorno en forma de seis.

—¡Esto me ha salido muy bien! —exclamó el pequeño fantasma, orgulloso de su habilidad—. Cuando lo vea mi amigo Balduno, se pondrá muy contento y preguntará: «¿Quién lo habrá pintado? Tienen que haber sido los duendes».

El pequeño fantasma sonrió satisfecho.

—Aquí no hay duendes. Aquí no hay más que un pequeño fantasma de palacio que tiene pliegues, se ríe como un loco y pinta en la pared seises rojos.

Agitó el pincel y miró a su alrededor. ¿No había allí, además de las paredes, nada blanco que pudiera llenar con sus seises rojos?

Se deslizó hasta el dormitorio y garabateó espirales rojas en el edredón y en todo lo que cayó bajo su pincel. Mientras pintaba, cantó:

*Me divierte cantidad
la pintura pinturera:
sillas, mesas y escalera,
¡todo lo voy a pintar!
Mi vida será distinta;
¡se acabó el aburrimiento!
Que estar triste es una lata,
y yo quiero estar contento.
Así que... ¡a pintar la gata!*



Princesa se despertó sobresaltada, dio un brinco y se tiró de la cama.

—¡Miau! —gritó furiosa.

—No te excites —le dijo el pequeño fantasma—. ¡Si vieras lo bonita que estás! Eres la primera y única gata con garabatos rojos.

—¡Miau! —maulló Princesa—. ¿Quién eres tú?



-¿Yo? Hasta hace poco era solo un pequeño fantasma de palacio. Pero desde hace media hora soy pintor. El primer y único maestro en pintar seises.

Princesa siguió preguntando:

-¿Eres tú el de las corrientes de aire?

-¡Has acertado! -contestó orgulloso el fantasma-. Y ahora discúlpame, por favor. Tengo cosas que hacer.

Voló al vestíbulo y gritó:

-¡Atención! Aquí llega el campeón mundial de pintura de espirales rojas.

Cuando llegó a los cuadros de Balduino, se detuvo.

Al marinero le puso un enorme bigote ensortijado de color rojo. A la gallina le pintó en la cola unas plumas enormes en forma de caracol. Al camello lo adornó con una enorme joroba roja en forma de espiral. Y a la cabra le colocó unos cuernos rojos enroscados. El pequeño fantasma sonrió otra vez.



—Les he hecho a todos la permanente —gritó.

Princesa arrugó la nariz.

—La permanente solo se hace a las mujeres. Las cabras, las gallinas y los marineros nunca llevan la permanente. ¡No lo olvides!

El pequeño fantasma respondió:

—Gracias. ¡Eres muy lista!

Princesa asintió:

—¡Lista y bonita! Tengo ganas de saber qué dirá Wuff cuando me vea.

—¡Wuff? —exclamó el pequeño fantasma—. Por poco me olvido de él. Ya es hora de que le ponga algún adorno. Pero antes le toca el turno a la barandilla de la escalera.

Sujetó el pincel entre las piernas y se deslizó por la barandilla.

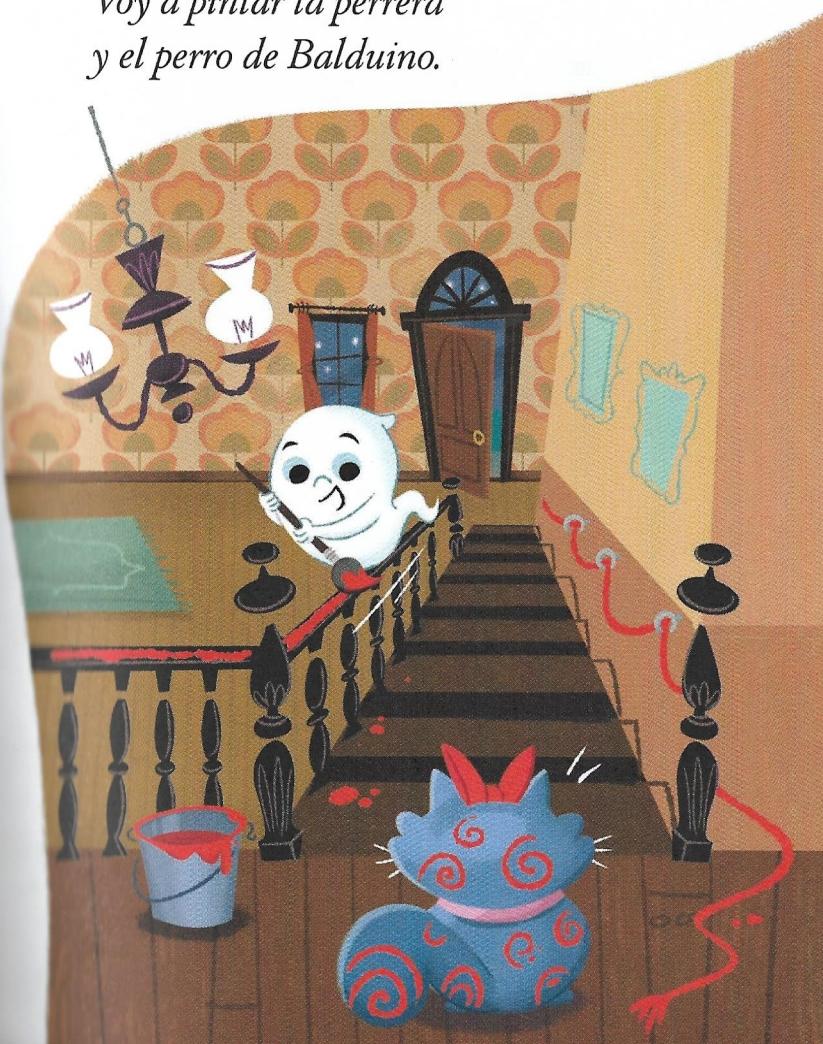
—¡Atención! ¡Aquí llega el primer campeón mundial de patinaje sobre pincel!

Luego, pintó un cordón rojo en la escalera y lo introdujo por las anillas de la pa-

red. Cuando terminó, salió como una flecha por la puerta. Fuera estaba la perrera. El pequeño fantasma voló hacia ella.

¡Soy un artista divino!

*Voy a pintar la perrera
y el perro de Balduino.*



La perrera estaba más oscura que la boca de un lobo. El pequeño fantasma solo pudo trazar un par de rayas. Wuff se despertó enseguida y salió aullando.

Princesa había ido al jardín, caminando sobre sus cuatro patitas.

-¿Eres tú, Wuff? -preguntó.

-Creo que sí.

-Estás muy cambiado.

-También tú, Princesa.

-¿Estás seguro de que no eres una cebra?

-¡Completamente seguro! -respondió Wuff.

-¡Eres un perro a rayas! -dijo Princesa-. A mí me gustan las rayas.

-Y tú eres una gata a garabatos -respondió Wuff-. A mí me gustan los garabatos.

Cada uno apoyó su cabeza en la del otro. Wuff resopló cariñosamente y Princesa ronroneó con ternura. Luego, se metieron en las sombras del parque.



Antes, Wuff y Princesa no se llevaban demasiado bien. Ahora eran los mejores amigos. El pequeño fantasma se alegró. Es más, se alegró mucho. Se alegró como jamás se había alegrado en toda su vida de fantasma. Agitó el pincel y, de tanta alegría, sintió deseos de pintar el mundo entero.

En el jardín había un manzano. El pequeño fantasma pintó las manzanas de rojo.

—¡Gracias! —dijo el manzano—. Las manzanas rojas son más bonitas que las verdes.



En el prado pacía un caballo blanco. El pequeño fantasma pintó al caballo de arriba abajo.

—¡Gracias! —relinchó el caballo—. Siempre había querido ser pintado.

El pequeño fantasma voló al estanque. En el agua nadaban dos cisnes.

—¡Gracias! —dijeron los cisnes—. Siempre habíamos querido tener rojo el pico y llevar lazos rojos.

El pequeño fantasma estaba cansado de tanto pintar.

—Aún tengo que embadurnar mi hamaca. Luego, me iré a descansar y no pintaré más.

El pequeño fantasma levantó el vuelo y se dirigió a su palacio. Por el camino pintó de rojo a un par de murciélagos.

—¡Gracias! —exclamaron los murciélagos—. Siempre habíamos querido tener las alas rojas.



Delante del palacio estaba el coche Cacacú. El coche dormía y soñaba con una autopista. En el sueño no era un viejo Cacacú, sino un coche de carreras. Soñaba que corría como un rayo y adelantaba a todos los demás coches. Y en medio del sueño, tocó la bocina cuando sintió que le pintaban dos rayas rojas en la chapa.

El pequeño fantasma llegó por fin al palacio y voló directamente a la sala de los espejos. Allí se hallaba su hamaca colgada del techo. Era difícil pintar las cuerdas delgadas con un pincel grueso. Mucho más difícil que garabatear seises y espirales. El pequeño fantasma se esmeró.

—¡Es una suerte que yo sea un gran pintor! Si yo no fuera un gran pintor...

No pudo terminar la frase, porque en aquel momento pasó algo. Algo terrible, algo horrible. Al gran pintor se le cayó de la mano el cubo de la pintura, que voló hacia el suelo.



—¡Alto! ¿Adónde quieres ir? —gritó el pequeño fantasma.

Se lanzó tras el cubo de pintura e intentó atraparlo. «¡Plas!», hizo el cubo rojo, y le cayó al fantasma en el coco. Los dos aterrizaron en el suelo, y la pintura roja salpicó por todas partes.

En realidad, el ruido del golpe tendría que haber despertado a Balduino. Pero el pintor dormía tan bien que no lo despertaba un tren.

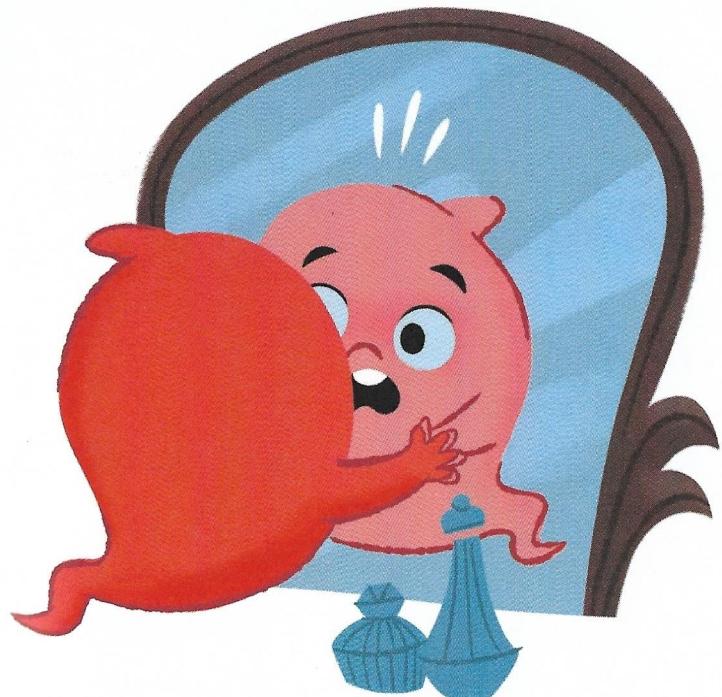
El pequeño fantasma se quedó metido en el cubo de pintura. Y rodó con él. Braceó y pataleó. Intentó con todas sus fuerzas librarse de la prisión del cubo. Por fin salió, hecho una pena.

—¡Estúpido! —gritó—. ¡Ahora vas a ver...!

Le dio al cubo un puntapié y lo lanzó por los aires.

—¡Chut! ¡Gol! —exclamó el pequeño fantasma.

Pero inmediatamente lloriqueó:



—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Y se agarró el pie. Lo tenía rojo. También sus manos estaban rojas.

El pequeño fantasma se asustó. Se acercó al espejo dando trompicones. Y apareció ante él un fantasma extraño, rojo como la sangre de los pies a la cabeza.

—¡Uuuh! —hizo el pequeño fantasma, y comenzó a llorar—. ¡Contrarrequetefantasmas! ¡Tengo un aspecto que pasma!



Dio un gran suspiro. Las lágrimas rojas le corrían por las mejillas.

—¡Me cachis en la mar salada! Me he puesto hasta las orejas de esta pintura endiablada.

Decidió volver a su hamaca. Le costó mucho levantar el vuelo, porque tenía las alas rígidas y pesadas por la pegajosa pintura. Allí siguió llorando:

—¡Uuuuh!

El quejido podía oírse en todo el palacio.

Y habría despertado a Balduino si Balduino no hubiera dormido como un lirón.

—¡Uuuuh! —se oía también en el parque. Princesa aguzó las orejas.

—¿No se oye llorar a alguien? —preguntó.

—Sí —respondió Wuff—. Me conmueve el corazón.

—Y a mí los nervios —maulló Princesa.

—¡Guauuu! —aulló Wuff—. Se me erizan todas las rayas.

—¡Y a mí todos los garabatos! —maulló Princesa.

Los dos corrieron hacia el palacio, siguiendo la dirección de los gemidos. Cruzaron el vestíbulo. Pasaron al salón verde. Del salón verde, al amarillo. Del salón amarillo, al azul.

El «Uuuh» salía de la sala de los espejos. Wuff y Princesa se quedaron mudos de asombro. El campeón mundial de pintura de seises y de patinaje sobre pincel estaba acurrucado cerca del techo, desprendía gotas rojas y sollozaba.



—¡Calla! —ladró Wuff—. Eso es contagioso. Si no te callas ahora mismo, me echaré a llorar yo también.

Pero el pequeño fantasma no se calló.

—¡Uuuh!

—¡Guauuu! —aulló Wuff.

—¡Miauuu! —maulló Princesa, arrastrando los maullidos con tono lastimero.

Música de gato, lamentos de perro y gemidos de fantasma. ¿Podéis imaginaros cómo suena eso?

El sonido era tan penetrante y tan estremecedor que habría despertado al lirón más dormilón. Pero Balduino se tapó la cabeza con la sábana. Estaba soñando con algo bonito, lo mismo que Cacacú.

Soñaba que se hallaba en América y le dejaban pintar un rascacielos. Ya había embradurnado cincuenta pisos. Iba a comenzar con el piso cincuenta y uno cuando silbó de repente una sirena de los bomberos:

—Uuuh, guau, uuuh, miau, uuuh, guau, uuuh, miau.

Balduino se despertó.

—¡Socorro! ¡Fuego!

Se tiró de la cama. Quedó sorprendido al ver el nuevo edredón y la nueva camisa. Quedó sorprendido al ver las espirales de la pared. Pero se sorprendió mucho más cuando entró en la sala de los espejos y vio en el suelo un enorme charco rojo, como sangre.

—¡Cielos! ¿Qué ha pasado aquí? ¡Un crimen! ¡Un asesinato! ¿Quién ha sido?

Wuff y Princesa miraron hacia arriba. Balduino miró también hacia arriba.

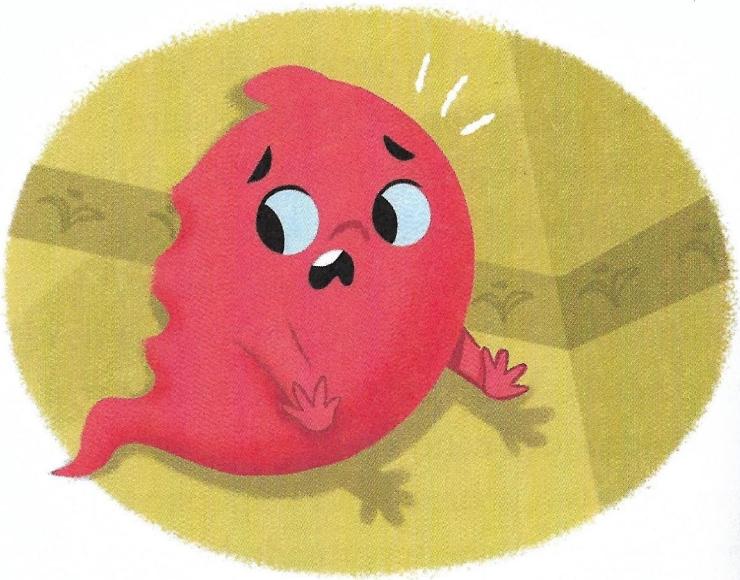
—¿Qué haces ahí? —preguntó Balduino.

—Ya lo ves. Estoy goteando —respondió el pequeño fantasma en tono lastimero.

Balduino se echó a reír.

—Ya te veo, pobre diablo. Y apuesto a que has sido tú el que ha pintado los garabatos.





tos, las rayas y las espirales. Así que somos colegas.

El pequeño fantasma asintió y suspiró:

—Estoy avergonzado. Siento tanta vergüenza que, si pudiera, me pondría rojo.

—¿Más rojo? ¡Imposible! —respondió Balduino—. Baja, querido colega, y permíteme saludarte.

Pero el pequeño fantasma movió el pliegue superior y dijo:

—No puedo. Estoy pegado.

Balduino se rascó la cabeza. Quería bajar al pequeño fantasma. Pero ¿cómo?

—Si tuviera un lazo... —murmuró.

—¡Wuff, wuff! —ladró Wuff. Con eso quería decir: «Nosotros te traeremos uno».

—¡Miau, miau! —maulló Princesa. Con eso quería decir: «Te lo traeremos enseguida».

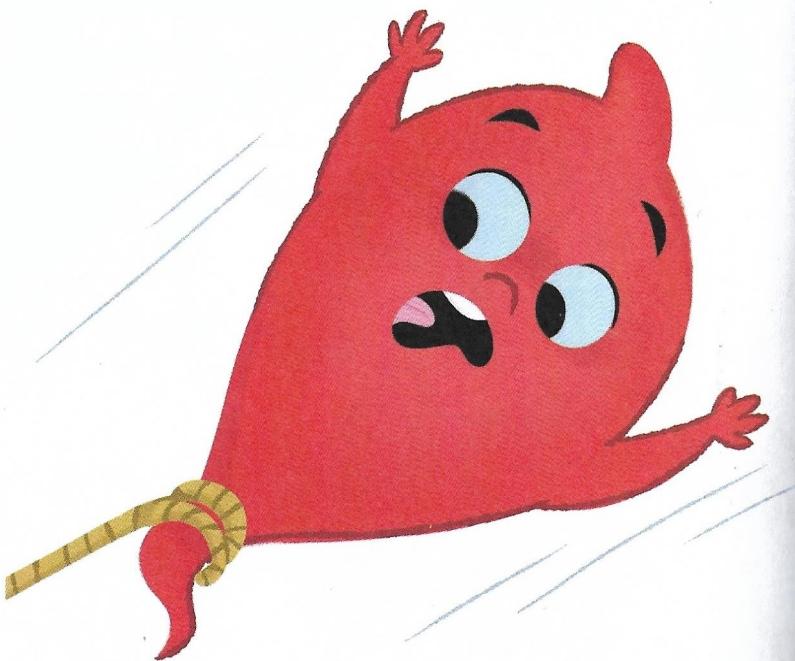
Corrieron al vestíbulo. Por las ventanas altas entraba ya el resplandor de la aurora. Pronto sería de día. Wuff y Prin-



cesa arrancaron de las anillas de la pared el cordón de la escalera y volvieron corriendo.

—¿Crees que Balduino lo logrará? —preguntó Wuff. Lo dijo pronunciando muy mal, porque llevaba la cuerda entre los dientes.

—¡Quién sabe! —exclamó Princesa, pronunciando muy mal también—. Balduino es un pintor y no un *cowboy*.



Pero los dos se preocupaban sin motivo. A Balduino le gustaban las películas del Oeste, y había observado muy bien cómo se maneja el lazo. Hizo una lazada y giró la cuerda por encima de su cabeza, como si se hubiera pasado la vida cabalgando por la pampa para cazar caballos salvajes.

—¡Olé! —exclamó Balduino, y lanzó el lazo.

El lazo fue a caer sobre un pliegue del fantasma. El pequeño fantasma dio una voltereta y salió despedido. Balduino lo atrapó en el aire.

—Bueno, ¿qué me decís? ¿No soy un magnífico lacero, y un campeón cazando fantasmas?

Princesa maulló:

—¡Ahora se pavonea! ¿Por qué serán tan presumidos los hombres?

Baldonio agarró al fantasma de un pliegue y le dijo:

—Bien, querido colega, ya te tenemos aquí. Ahora tengo que preguntarte una cosa: ¿quieres seguir como estás?

—¡No! —gritó el pequeño fantasma—. Quiero volver a estar como estaba antes: blanco como una flor y pálido como un espectro. Así es como debe estar un fantasma.

Balduino llenó un balde con agua caliente y echó detergente al agua.

—Querido colega, espero que no tengas miedo al agua ni a los detergentes.

El pequeño fantasma miró al balde con desconfianza. No se había bañado nunca, excepto aquella noche en el estanque de los cisnes. Iba a decir: «¡No, por favor! Prefiero que no». Pero Balduino ya lo había metido en el agua. Solo sobresalía la punta de arriba.

—Gluglú, glugluglú —hizo el pequeño fantasma.

El agua se puso roja, y el pequeño fantasma se quedó de color rosa. Balduino lo sacó del agua.



—¡Basta! —dijo el pequeño fantasma, y tragó aire.

Balduino llenó otro balde con agua y jabón. El color del fantasma se transformó en rosa claro. Después del tercer baño, el fantasma estaba blanco. Blanco como una flor y pálido como un espectro, tal y como debía ser.

Balduino estiró el lazo sobre el balcón y dijo:

—Ahora tienes que secarte, colega!

Buscó una pinza de la ropa y colgó de la cuerda al pequeño fantasma. Wuff y Princesa se quedaron con él para hacerle compañía.

—¿Cómo estás? —le preguntaron los dos.

—No muy bien —respondió el pequeño fantasma—. Mi situación es un poco delicada. Siento un pellizco en la parte superior de la cabeza.

—¿Quieres que te cantemos una canción de perros y gatos?



—No, gracias. Espero que esto no dure mucho.

Princesa se limpió los bigotes y preguntó:

—¿Volverás a ser invisible cuando te seques? ¿Volverás a soplarnos en la nariz con tanta fuerza? A Wuff y a mí no nos gusta eso.

El pequeño fantasma sonrió:

—No tengas miedo. Solo era invisible porque no sabía si seríais simpáticos o no.

—Bueno, ¿y qué? ¿Somos simpáticos?
—preguntó Wuff.

—¡Muy simpáticos! ¡Enormemente simpáticos!

El pequeño fantasma pataleó, colgado de la cuerda.

—Si sois tan amables, haced el favor de llamar a mi colega. Ya estoy seco.

En cuanto Balduino lo liberó de la pinza, el pequeño fantasma trazó un par de círculos volando y agitó todos sus pliegues.



Finalmente, voló hacia Balduino y lo besó con un pliegue en la punta de la nariz.

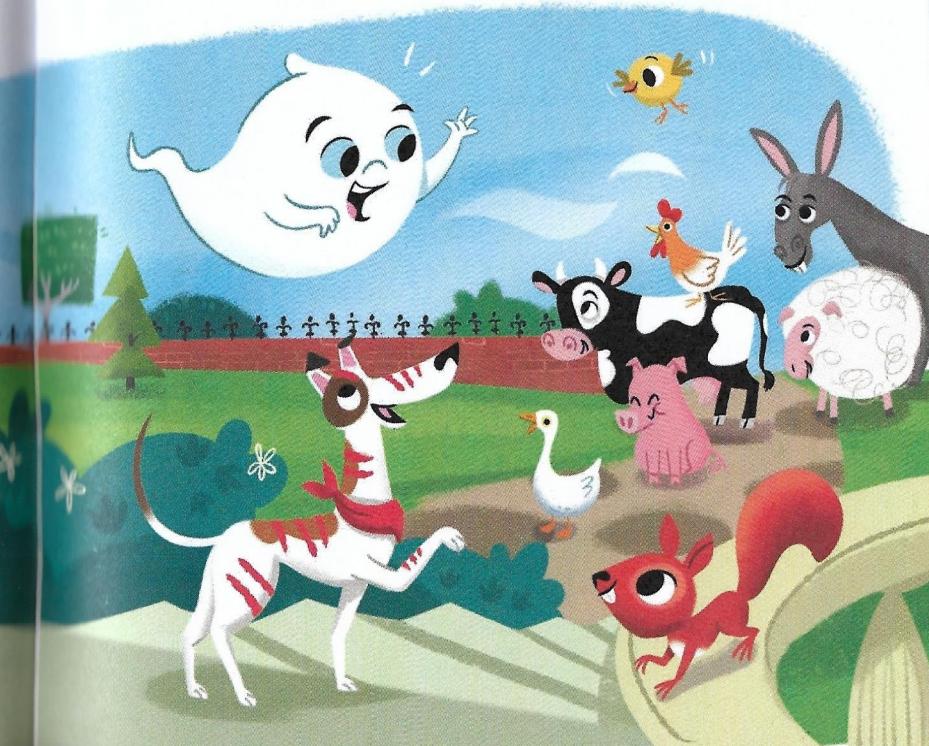
—Permíteme que te salude, colega —dijo.

—Y tú también —respondió Balduino sonriendo.

Wuff levantó las orejas de repente, husmeó y gruñó. Abajo, en el parque del palacio, se oía ruido. Alguien gritaba:

—¡Iii... aaa!

Alguien mugía. Alguien gruñía. Alguien balaba. Algunos piaban. Otros graznaban.



Y otros cacareaban. Delante del palacio había un montón de... animales. Y los animales gritaban:

—¡Hemos visto al caballo pinto! ¡Y a los cisnes! ¡Y a los murciélagos! También nosotros queremos que nos pintéis dibujos.

—Encantado —respondió Balduino—. ¿Qué te parece a ti, colega?

Al pequeño fantasma le pareció muy bien, y preguntó:

—¿Te queda pintura roja?

—Más que suficiente —respondió Balduino.

—Entonces, vamos allá —exclamó el pequeño fantasma—. Poneos en orden y guardad cola. ¡Ah, y nada de empujones!

Wuff y Princesa dijeron que también ellos querían colaborar.

—Yo me encargo de los ratones —propuso la Princesa.

—Nosotros queremos lunares —pidieron los ratones.

—Y nosotros, círculos —graznaron los patos.

Cada uno deseaba una cosa distinta. Los cuatro habitantes de palacio tenían trabajo a pliegues, patas y manos llenas.

—Y vosotros?

—No queréis ayudarlos?





TE CUENTO QUE A BETOWERS...

... siempre le ha gustado pintar al óleo. Cuando era pequeña, su madre la apuntó, con ella y con muchas mujeres mayores, a unas clases de pintura en Ciudad Real. No paraban de dibujar bodegones con uvas, quesos manchegos y algunos botijos viejos que había por allí... Las clases eran un poco aburridas para una niña, hasta que un día aparecieron cuadros llenos de espirales, botijos con lunares y en el queso, tallado, un busto de un tal Balduino. ¿Sería obra del pequeño fantasma? Betowers no está segura, pero lo que sí sabe es que ese día fue el más divertido!

Betowers nació en Ciudad Real y siempre ha dibujado mucho. Vive rodeada de lápices de colores y de rotuladores, y le encanta ilustrar libros y revistas infantiles con personajes carismáticos con los que los niños puedan conectar, usando el humor y colores vibrantes.



TE CUENTO QUE MIRA LOBE...

... nació en 1913 en Görlitz, Alemania. Ya en las redacciones del colegio se veía que tenía talento para escribir. Quiso estudiar la carrera de Periodismo, pero se lo prohibieron por ser judía en la Alemania nazi. De ahí que la obligaran a aprender a tricotar en la Escuela de Moda de Berlín. En 1936 huyó a Palestina. Allí se casó con el actor Friedrich Lobe, con quien tuvo dos hijos. A partir de 1950 vivió en Viena, donde murió el 6 de febrero de 1995.

Mira Lobe escribió más de cien títulos dedicados al público infantil y juvenil, muchos de ellos galardonados con premios y distinciones. Obtuvo el Premio Nacional Austriaco de Literatura Juvenil en 1958 y en 1965, y el Premio Ciudad de Viena en 1961, 1965, 1968 y 1970.

+ 7 años



El solitario fantasma de palacio está tan aburrido que decide poner un anuncio: **«Se busca urgentemente habitante de palacio».** El pintor Balduino, su gata Princesa y su perro Wuff necesitan un sitio donde vivir y acuden a la llamada del fantasma. **¿Se llevarán bien entre ellos?**



Nada mejor que un amigo para **espantar** de un brochazo **la soledad.**

189632

ISBN 978-956-363-326-9



9 789563 633269



HUMOR



AMISTAD



INCLUSIÓN



ARTE